



Foro UNEVOC

El trabajador como estudiante, y el estudiante como trabajador: por qué la sociedad del conocimiento necesita una mano de obra reflexiva, y formas de conseguirlo

*Peter Smith,
UNESCO París*

Discurso inaugural pronunciado en la sesión de apertura del seminario internacional ¿Contenidos profesionales para una enseñanza superior de masas? Responder a los desafíos del mercado de trabajo y la empresa, que tuvo lugar en Bonn del 8 a 10 de septiembre de 2005, organizado

conjuntamente por el Centro Internacional UNESCO-UNEVOC y el Centro Europeo para la Enseñanza Superior de la UNESCO (UNESCO-CEPES), en colaboración con el Centro de Educación Comparativa e Internacional, de la Universidad de Oxford. El seminario forma parte de un proyecto conjunto

más extenso que llevan a cabo el Centro UNESCO-CEPES y el Centro Internacional UNESCO-UNEVOC, y cuyo objetivo es analizar la situación y las tendencias en cuanto a contenidos profesionales en la enseñanza superior de nuestros días.

>> Al presentarme ante ustedes me embarga un cierto temor, pues sé que me encuentro ante personas que conocen mejor que yo mismo los detalles y propiedades del tema que se supone debo exponer. A mi lado se encuentran otras que son auténticos especialistas en el campo. En alguna ocasión anterior se me ha acusado ya de representar a una categoría intelectual denominada "la inmaculada percepción", es decir, no contaminada por los hechos. Así pues, mi discurso de hoy será lo más cauteloso posible, pues no quiero ponerme en compromiso ante todo el talento y los conocimientos aquí reunidos.

Deseo en primer lugar agradecer la presentación introductoria del Sr. Maclean, y les contaré una anécdota breve y auténtica que sucedió por la época en la que "abandoné" el Congreso de los Estados Unidos (eufemismo para decir que perdí las elecciones). Cuando se pierde una elección, hay que permanecer

en el cargo durante un cierto tiempo: uno aún representa al pueblo. Y eso es como asistir a la propia desaparición, tanto del cargo como de la política. Tuve que viajar por todo el estado de Vermont, donde la gente aún necesitaba ayuda. Una pequeña ciudad organizó una reunión civil, cuyo presidente y yo nos conocíamos desde hacía mucho (Vermont no es un Estado muy grande). He dicho que nos conocíamos desde hacía tiempo, aunque en realidad se trataba de la típica situación desafortunada, pues no nos queríamos demasiado. De hecho, estábamos enemistados desde la tercera clase de la escuela primaria. Esta persona tenía ahora la tarea de presentarme (y estaba exultante de que yo hubiera perdido las elecciones, simplemente exultante). Le resultó muy difícil hacer la presentación, porque apenas podía retener su júbilo. Tomó en sus manos el resumen de mi conferencia -menos mal que le dimos la versión corta-, lo leyó en voz alta palabra por palabra, a continuación dio un paso atrás y dijo al público: "Y ahora es un gran placer

presentarles al congresista Peter Smith, un hombre con un gran futuro... ya pasado". Con esta anécdota quiero decirles que siempre me siento particularmente aliviado cuando la gente es tan sólo un poco más generosa que él, particularmente en sus comentarios de presentación, y les agradezco su cálida acogida.

Antes de nada, voy a compartir con ustedes algunas de mis propias ideas sobre la educación. Con mucha frecuencia nos lanzamos a interpretar aspectos técnicos de los datos educativos como una filosofía, sin intentar mostrar dónde nos situamos dentro de la enseñanza ni cuáles son los resultados de nuestra propia experiencia. Pero como hoy aparezco ante ustedes, tengo que reconocerles que soy exactamente lo que aparento. Para todo juicio general razonable, soy hijo de un contexto enormemente privilegiado. He nacido en una familia estable, con alimenta-

Peter Smith ha asumido el 20 de junio de 2005 sus nuevas funciones como Director General Adjunto de Educación en la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO). Previamente a su ingreso en la UNESCO, el Sr. Smith desempeñó el cargo de Director Ejecutivo y Presidente Fundador de la Universidad del Estado de California, Monterrey Bay (CSUMB). Entre 1991 y 1994, fue Decano de la Escuela Superior de Educación y Desarrollo Humano (Graduate School of Education and Human Development - GSEHD) en la

Universidad George Washington, de Washington DC (USA), y anteriormente (1986-1988) fue Vicepresidente de la Universidad de Norwich, en Vermont (USA).

Nativo del estado de Vermont (USA), Peter Smith ha ejercido los cargos de Senador del Estado (1980-1982), Teniente-Gobernador del Estado de Vermont (1982-1986), y Miembro de la Cámara de Representantes estadounidense (1989-1990).

Peter Smith comenzó a trabajar en la enseñanza superior en 1970, al fundar el Colegio Comunitario de Vermont y

hacerse responsable del puesto de Presidente. Titulado como Doctor en Educación por la Universidad de Harvard en 1984, con la especialidad de Administración educativa, planificación y política social.

Es autor de numerosos artículos y publicaciones en su área de especialización. También ha contribuido a la labor de diversos organismos nacionales e internacionales, como la Comisión Nacional Educativa de EEUU, el Consejo Nacional de Investigación, el Centro Nacional para Sistemas de Gestión de la Enseñanza Superior, y el Foro Carnegie sobre Educación y Desarrollo Económico.

ción de sobra y abundante amor. Me maravilla que en algún momento muy temprano de mi vida me atrajese tanto la educación. Escucharán esta observación varias veces en el discurso, porque es la forma personal que tengo de organizar mi mundo, en otros sentidos complicado y complejo. Para mí, la educación está en la raíz de todo. Cuando existe, es un acontecimiento que transforma la vida de una persona. Mi interpretación del término (hablé con alguno de ustedes la pasada noche sobre el tema) es ésta: sabemos que la educación es una senda para traer justicia a las sociedades injustas y gobernadas por unos pocos poderosos. Sabemos que una buena enseñanza y formación, y la cuidadosa preparación educativa, dan poder a las personas. Así, usando una metáfora simbólica, la educación puede definirse como el puente o el sendero que lleva hacia el poder, hacia el poder individual.

Esta es mi propia visión de la educación. Esta visión tiene una relevancia particular cuando se habla de la formación profesional, y de la relación entre la enseñanza superior y la preparación para el trabajo en una economía dinámica y en continua mutación. Podemos hacernos una idea de la oportunidad con la imagen de una mesa y el suficiente número de sillas. Nuestro objetivo debe ser que tengan la oportunidad de sentarse a la mesa todos los niños y adultos trabajadores capaces de ello y que hayan elegido sentarse en la mesa. Y la única forma de llegar a dicha mesa es a través de una educación que permita tener pensamiento crítico y juicio propio. Mi experiencia de la vida y sus acontecimientos es que tanto la una como los otros pueden ser muy injustos con las personas, aun cuando en general mi caso

haya sido distinto: nunca perdí ningún combate no elegido por mí. Puedo incluir aquí el haber salido del Congreso, ya que -por ejemplo- mi salida se debió a la naturaleza de este cargo político: yo decidí realizar mis funciones exactamente de la forma en que quería, y los votantes de mi Estado decidieron que no les gustaba mi visión particular de la política. Así es que no puedo quejarme de lo que sucedió; se trata de la propia naturaleza del juego político. Pero pienso que es justo afirmar -y con ello quiero llegar al auténtico meollo de nuestro tema- que es importante tener una educación y la capacidad de continuar aprendiendo.

Son capacidades que nadie nos puede quitar. Podemos perder nuestra casa, la salud, el dinero, la empresa, o la familia. Son cosas sobre las que no tenemos tanto control. Pero lo que sucede en nuestra mente y nuestro corazón, conforme éstos se adentran en la vida y se enriquecen con la experiencia, eso es nuestro y de nadie más. Pienso por ello que la oportunidad de formarse es el elemento más importante que podemos proporcionar a cualquier persona, a cualquier grupo humano o a cualquier sociedad. Esto se debe a que produce un tipo de potencial que, francamente, pone nerviosos a algunos. Las personas interesadas por el poder no son partidarias de la educación. Las personas que desean controlar a otras no ven con buenos ojos la educación, porque ésta crea en el individuo o el grupo humano una problemática facultad: la de ponerla en práctica. Para mí, ese es precisamente el factor motivador. A través de un conjunto de experiencias cada vez más profundas, he llegado a entender lo que me parece la verdad esencial de la formación.

Mi segunda observación será esta: la UNESCO realiza sus campañas conforme a un objetivo global. Y combinando todas las ideas relacionadas de perspectivas nacionales o regionales, yo creo que el término correcto para denominar dicho objetivo es "desarrollo sostenible". En otras palabras, es necesario responder a la pregunta: "¿Educación, para qué?". La educación es un bien moral, es una abstracción y es un bien personal. Ya les acabo de explicar mi definición del término. Pero la educación tiene además que operar en un contexto social, ya sea una sociedad a escala nacional o un conjunto de intereses a escala regional. Tiene que estar vinculada con otros ámbitos: la economía, la noción de comunicación abierta y de justicia social, el equilibrio y la protección medioambiental. Y asociada a otras áreas de particular interés para un país o región específica. Todo esto significa que debemos entender lo que hacemos no sólo en un contexto individual, sino también bajo el ángulo más amplio de las expectativas, necesidades y efectos acumulados a escala social, sea cual sea nuestra definición de esta unidad social.

Me parece que esa gran idea que sustenta la educación es la misma que habrían defendido nuestros abuelos -en mi caso desde luego, y quizás también en el suyo- al hablar de ella. ¡Y no voy a lanzarme a defender la visión académica tradicional! Pero sí les diré que si pensamos, aunque sólo sea por un momento, que podemos o debemos ofrecer al estudiante del siglo XXI una educación con otros valores, creo que estaremos cometiendo un gran error. Quiero decir que estaremos engañando a los estudiantes, y pienso que también a nuestras sociedades.

La educación ha sido la inversión más importante de una sociedad. Y la razón de que haya más personas que aspiran a más educación – el motivo que impulsa a personas marginadas socialmente a formarse– es el deseo de normalizar sus vidas, de obtener oportunidades normales para su familia y sus compañeros.

Conforme ampliamos nuestra definición y nuestro compromiso con la educación y con la inversión educativa que reclama el desarrollo de nuestras economías, se modifica también nuestra comprensión de los nuevos tipos de carreras, las nuevas oportunidades y –probablemente– las múltiples transformaciones formativas en la vida de una persona. Sé que otros ponentes van a hablar de estas cuestiones. Pero debemos comprender que en el núcleo de todas estas evoluciones se encuentra la persona que se forma. No un “fontanero”, ni un “electricista”, ni un “informático”, sino una persona formada para pensar críticamente, para resolver problemas, para trabajar en equipo, para ser analítica, para comprender la forma en que aprende, de suerte que pueda aprender más. Todas estas personas deberán tener una educación que les permita afrontar situaciones ambiguas y difíciles en su vida o en su lugar de trabajo. He aquí los atributos que precisamos para la mano de obra moderna. También estaríamos de acuerdo en que los mismos atributos necesitamos para la sociedad. Y son exactamente los mismos que yo desearía para mis hijos y mis nietos. Es necesario comprender con anchura de miras –pero también al definir objetivos– que hay una diferencia entre lo que una persona hace con su educación y lo que significa recibir educación. Por supuesto, estoy más familiarizado con la situación de mi propio país. Ya he cometido en varias ocasiones el error de aislar y elaborar definiciones distintas de lo que significa recibir una educación.

He participado en programas educativos donde, en función de su diseño, teníamos que enseñar dos cosas distintas. Primeramente los contenidos: ciencias, matemáticas, ciencias sociales, o cualquier otra materia. Pero simultáneamente teníamos que trabajar con nuestros profesores y especialistas en comunidades docentes (de las que tenemos bastantes modelos en los Estados Unidos). A través de la pedagogía utilizada y de lo que exigimos al alumno, pretendemos explícitamente ayudar a éste a desarrollar la capacidad de entender conscientemente su forma

particular de afrontar y resolver problemas, es decir, de pensar críticamente. Al examinar los resultados formativos de nuestra labor, no solamente medimos el conocimiento obtenido: analizamos la capacidad de un alumno para aplicar el conocimiento, las capacidades y las aptitudes objetivo del curso impartido, y también evaluamos su capacidad para familiarizarse con un pensamiento crítico o analítico perfeccionado, con la resolución de problemas y con el trabajo en equipo. Y damos importancia a ambos elementos, porque ambos la tienen.

Así pues, quisiera decirles que resulta posible centrarse en una cuestión muy importante: ¿sabemos –y queremos– enseñar siempre estos dos niveles? (Un nivel son los contenidos de una materia, y el otro es la capacidad intelectual amplia y permanente que deseamos que el alumno obtenga).

Naturalmente, me gustaría contarles que en mi época universitaria, en Princetown o Harvard, me enseñaron todo esto. ¡Pero no es verdad! Comenzamos a adentrarnos en la “inmaculada percepción”. Puedo estar equivocado, pero mi experiencia me dice que no lo estoy. La auténtica cuestión es ésta: ¿cómo se pasa de conocer a fondo una materia específica –ya sea hoy en día la nanotecnología o entonces (hace 45 años, en mi caso) la historia rusa o americana– a ser capaz de pensar intelectualmente entre diversas áreas temáticas? ¿Cómo se perciben los aspectos comunes de determinados elementos en diferentes situaciones? ¿Cómo se les desglosa? Sucede por ósmosis: puedo compararlo con la situación en Vermont hace algunos años, cuando había una enormidad de pequeñas granjas porcinas. El estiércol de aquellas granjas se extendía sobre los campos para abonar el heno y el trigo. Siempre he pensado que la capacidad de pensamiento crítico –eso que las universidades afirman valorar tan alto– es como abonar un campo desde un aeroplano a 10 000 pies de altura. La cosa consiste básicamente en volar sobre el campo, arrojar el estiércol desde la bodega del avión, y esperar que aterrice en alguna parte. Las universidades conocen la relación entre el estudio de contenidos académicos y la obtención real de esas capacidades intelectuales generales y de alto nivel que todos asociamos con una educación maravillosa. Pero no definen explícitamente esa relación.

Hoy en día, sabemos lo bastante para definirla. Sabemos lo que hace falta para impartir a todos y cada uno de los alumnos ese tipo



El Sr. Peter Smith, DGA de Educación de la UNESCO, pronunciando su discurso inaugural en el seminario internacional “¿Contenidos profesionales en una enseñanza superior de masas? Cómo reaccionar a los desafíos del mercado de trabajo y de la empresa”, Bonn, 2005

de valores, si es que en realidad deseamos hacerlo. Yo intentaría evitar –y les invito también a hacerlo– caer en la trampa que yo denomino “terapéutica”. Mucho de lo que hacemos los educadores parte del supuesto de que una persona, o una población, necesitan ponerse a nivel. Pero la cuestión es: ¿ponerse a qué nivel? Esta actitud nos quita toda imagen positiva de la persona o la población destinataria de la educación. Mi propia visión, a partir de mi experiencia y la de otros a quien he consultado, es que los fracasos escolares no se deben a la falta de capacidad para aprender: el alumno fracasa porque fallamos nosotros, los educadores. No utilizamos la facultad que nos daría éxito con ellos: no se ajustan a nuestras definiciones, y no se ajustan a nuestra pedagogía. Se convierten en fracasos escolares porque nosotros, como profesionales no hemos sabido o no hemos intentado organizar nuestra enseñanza de una manera idónea para ellos.

Así pues, no me gusta la actitud terapéutica, porque sugiere que existe una enfermedad atribuible al estudiante. Yo creo que en muchos casos, quizás más de los que estamos dispuestos a admitir –sé que esto es cierto en el caso de Estados Unidos–, el problema, el error, radican en la organización escolar y en los supuestos que asumen la escuela y los maestros. Me gustaría investigar este asunto más a fondo, si hubiera suficiente interés y tiempo necesario para ello.

Trabajan ustedes en el sector educativo, y el objetivo de esta conferencia es encontrar formas de optimizar el potencial humano del máximo número posible de personas en cada una de nuestras sociedades, por medio de la educación. Este objetivo reclama entender que debe existir una conexión directa entre los resultados de la formación profesional y la capacidad de lograr éxito en campos profesionales o subprofesionales. ¿Qué capacidades nos permiten reaccionar a las necesidades de una mano de obra y una economía en dinámica evolución? Comprendamos que, por definición, si queremos que las personas tengan éxito –y deben tenerlo para sobrevivir– no sólo hay que prepararlas para un empleo, sino también para ser capaces de pensar, para ser reflexivas. En dos palabras: hay que educarlas.

Me parece que nuestro objetivo real consiste en producir personas reflexivas. Podemos considerar que un sistema educativo tendrá éxito si logra generar el máximo número posible de personas reflexivas y además dispuestas a trabajar por una idea de futuro –me parece haber visto algo semejante en los materiales distribuidos en esta conferencia– en cuya diseño e investigación hayan participado. Mi experiencia me dice que si orientas a alguien sobre una carrera profesional, se trata de un ejercicio intelectual. Pero si le pides que investigue por sí misma posibilidades de carrera, la cosa se convierte en un proyecto educativo. En este último caso, el alumno descubre mucho más, aprende enormemente y puede comenzar a tomar sus propias decisiones.

¿Cómo lograr el objetivo? Creo que hay algunos cambios en pedagogía sobre los que es obligatorio pensar. Uno de ellos –del que yo soy muy partidario– consiste en definir los resultados formativos. Los alumnos tienen el derecho a saber lo que esperamos de ellos, lo que consideramos un éxito o en lo que consiste un “buen trabajo”. Pero les ocultamos estos criterios: les pedimos que rindan al máximo, y a continuación les decimos si han logrado una nota “A” o “B”. Para variar, en una ocasión hicimos el experimento de dar a los alumnos ejemplos de buenos trabajos tales como formulaciones propias, textos escritos o proyectos, para que tuvieran una idea meridiana de lo que significa un trabajo intelectual excelente. A continuación les explicamos cómo deseábamos que nos demostraran su capacidad para elaborar trabajos semejantes. Pues bien, al no haber ya secretos sobre lo que esperábamos de ellos, el sistema produjo una

cifra mayor de alumnos con mejores resultados. Desde luego, seguían teniendo que trabajar; algunos continuaron plagiando, otros copiando (hemos pasado por todos estos problemas, no estamos solos). Pero ¿por qué no le decimos al alumno lo que esperamos de él?

Una persona marginalizada que no sepa lo que se espera de ella se encuentra más a merced del maestro o del profesor que tiene delante y que ejerce su poder. El docente tiene las llaves de su futuro, pero la persona no conoce las reglas. Por eso, me parece que definir ante el alumno los resultados o niveles formativos es algo muy importante, porque está relacionado con los atributos intelectuales que deseamos alentar en él. Esta definición está vinculada con las competencias para el empleo que pretendemos impartir, y tiene relación con la idea del trabajo que difunden la industria o el sector privado.

...no se puede planificar la vida humana. Un docente puede sin duda ayudar a un alumno a obtener la capacidad que mejore su vida, pero jamás podrá anticipar dónde acabará llevándole un empleo. Por tanto, nuestro objetivo debe consistir en producir personas reflexivas y formadas para trabajar.

Tenemos que explicar claramente desde el principio lo que queremos.

En segundo lugar, estoy convencido personalmente de que una enseñanza comprometida, basada en proyectos –en otras palabras: una enseñanza no individual–, es el sendero a seguir. Me llama la atención que la empresa intelectual, el rendimiento que esperamos de los alumnos en la escuela, sea casi la única cosa que se pide a una persona que haga sola en toda su vida. Si continuamos pidiendo al alumno que trabaje solo –ya estudie física, química o astronomía–, le estaremos formando para el aislamiento, en un mundo en el que todos sabemos que éste es casi lo último que queremos para la sociedad o para la población activa. Un estudiante aprende a comportarse de la manera en que se le ha formado. Mi experiencia me dice que

tenemos que repensar la pedagogía que utilizamos, porque nuestra forma de aplicarla y lo que exigimos al alumno individualmente o en grupo mejora de hecho su educación en el sentido que deseamos imprimirle a ésta (o no). Ya conocen ustedes el viejo dicho “según la siembra, así la cosecha”; nos hacemos personas conforme al trato que recibimos. Me maravilla que hasta ahora no nos hayamos percatado de las enormes consecuencias que tiene la forma de enseñar sobre la manera en que las personas se comportan a continuación en su vida o en su trabajo. En breve, la pedagogía es enormemente, enormemente importante.

El tercer factor más relevante para mí –quizá el de máxima importancia para programas formativos profesionales destinados a la mano de obra– consiste en centrar la enseñanza en lo que podría llamar “el pensamiento reflexivo”. La reflexión es el proceso

por el que una persona deduce significado y obtiene experiencia a partir de algo. Es algo que se puede hacer con la literatura, con la química, con la filosofía o con cualquier estudio profesional u ocupacional. Un alumno que aprende a reflexionar se convierte en una persona que puede formarse permanentemente. Es así de sencillo, y si quieren saber cómo empezar, pídanle a sus alumnos que reflexionen sobre su propia vida: ¿cómo han llegado a donde están?; ¿por qué tienen que hacer lo que hacen?; ¿cuáles son sus deseos para el futuro? Esto se denomina experiencia, y la mayoría de los estudiantes nunca han pensado sobre ello. Ni siquiera saben por qué se encuentran donde están. Tampoco saben realmente hacia dónde caminan. Al invitarles a examinar sus propias motivaciones, un docente puede realmente comenzar a desarrollar en el alumno su capacidad de formación permanente.

Creo que nuestros métodos pedagógicos tendrían que incluir la capacidad reflexiva como elemento esencial, porque es la capacidad clave. Todos hablamos de la formación permanente, de la formación a lo largo de toda la vida. Pues bien: sólo se forma en permanencia quien tiene capacidad reflexiva, es capaz de examinar situaciones, comprenderlas y emprender algo a partir de ellas. La reflexión quiere decir algo más que esa simple palabra. Me refiero a la capacidad de recurrir a una amplia experiencia obtenida en contextos muy distintos para extraer significado de la misma; dicho brevemente, para aprender. Ya se trate de examinar el propio comportamiento personal o de descifrar un problema intelectual de altura, el resultado es una formación o aprendizaje, esto es, el acto de producir sentido a escala individual. En mi opinión, la reflexión forma la base para ello. Y para producir personas reflexivas dentro de una población activa, será necesario elegir nuevos modelos pedagógicos.

cicios intelectuales para enseñar mejor; y el aula aportará todo su valor práctico a este laboratorio. Pongo esto como ejemplo, porque a menudo no se piensa en el aula como lugar de trabajo aunque, por supuesto, para un docente lo es.

Pienso también que debiéramos adoptar modelos de secuencias educativas. Y espero que utilicemos dichos modelos en el sector de la enseñanza, donde nuestros intereses convergen desde el término del curso 10 hasta el decimocuarto año educativo –es decir, lo que se pueden considerar los dos primeros años de enseñanza superior. Es una fase en que los estudiantes de los países más desarrollados inician ya la vida adulta y comienzan a pensar sobre trabajos o sobre continuar estudios. Pero hay una alternativa al dilema “trabajo o estudios”: la oportunidad de trabajar y de formarse a la vez. Es decir, de desplazarse con flexibilidad de un lado a otro. Los estudiantes no buscan empleo cuando

mucho más difícil económicamente para muchas personas. Es una montaña enorme que hay que escalar y, sobre todo, cumplidos los 16 ya no es necesario seguir escalando.

Impartimos a los alumnos 14 años de valores. ¿Por qué afirmamos que hay que acabar esta fase obligatoriamente antes de empezar un trabajo? Para enseñar al alumno lo que necesita saber. Pero durante el periodo escolar, no logramos enseñar a las personas todo lo que necesitan saber, porque el ritmo ha cambiado: el volumen de información y de conocimientos nos desborda a todos. Así es que opto por pensar que la relación entre la escuela y el mundo exterior es algo más que una idea interesante. Va a transformar la economía de nuestro trabajo, transformará la economía de las vidas del alumnado, y también la relación entre escuelas –o sector educativo, si lo prefieren– y sector privado. Creo que esta relación trastocará completamente nuestro concepto de oportunidad.

...nuestra intención es utilizar la tecnología al servicio de la formación. Si deseamos que el lugar de trabajo sea un lugar formativo, si deseamos evaluar los aprendizajes y experiencias previas y todas las cosas restantes, la tecnología asume una función crítica.

Pienso que el primer paso debe ser la convergencia: la convergencia de currículos. Ya se ha escrito sobre ello pero, en mi opinión, necesitamos realmente repensar la forma de hacer nuestro trabajo. Volveré sobre esto en un instante. El elemento básico es que nosotros, educadores y empresarios, tenemos que encontrar formas para transformar el lugar de trabajo en un lugar de aprendizaje. Se trata de un lugar donde ya se lleva a cabo aprendizaje de manera informal, y en ocasiones formal, aunque no siempre se reconoce. Con algo de apoyo, el lugar de trabajo podría convertirse en un laboratorio formativo, mientras que la persona desempeña activamente su profesión. Se puede trabajar sobre las propias carencias: si un docente quiere ser mejor docente...¿qué otro lugar mejor para ello que el aula? En su propio laboratorio –en este caso el aula, que constituye el lugar de trabajo del docente– se puede mejorar mucho más velozmente la docencia. Así, llevemos al aula nuestros ejer-

cumplen 17 años porque temen no ser capaz nunca más de volver a la escuela: simplemente no saben si podrán permitirse volver. Una vez que comienzan a trabajar desarrollan el gusto por el dinero y, de repente, pasan a estar “en su nido”.

Ya sea para personas de 17, de 37 o de 57, hay que encontrar una vía que les permita trabajar y formarse. Pueden terminar la secundaria, continuar trabajando en el mismo lugar o cambiar de empleo, obtener créditos académicos relacionados con lo que hacen en el trabajo, y convertir así su trabajo en parte de su formación, y su formación en parte de su trabajo. Es decir, crear un nuevo *continuum* educación-trabajo, por oposición a la educación como finalidad exclusiva. Mi propia opinión es que si concebimos los 14 años de enseñanza como un lastre a superar antes de que se permita trabajar, esto es

Añadiré sólo dos ideas más, antes de concluir. Un tema en el que trabaja nuestro equipo dentro del Instituto UNESCO para la Educación, y sobre el que algunos de ustedes habrán escuchado algo, es el reto de evaluar la formación obtenida por estudiantes y formados fuera del centro educativo (confieso haber leído una obra sobre el tema, hace más de 25 años, cuando a nadie le interesaba). Debemos idear una vía que nos permita recoger toda esa capacidad perdida. Nuestra mano de obra es mucho más cognitiva de lo que le suponemos. La gente que trabaja aprende continuamente: asiste a seminarios, a institutos y sesiones formativas, pero no relacionamos estas actividades con cualificaciones de orden superior (nivel educativo). En demasiados casos los trabajadores se encuentran presos de sus empleos, porque no sabemos cómo reconocer el valor de lo que han mejorado por sí mismos y de lo que han aprendido a lo largo de su experiencia.

Creo que Europa va por delante de Estados Unidos en este campo. No obstante, la importancia del tema es vital en todo el mundo, porque ¿quién se beneficia a fin de cuentas? Hay personas que dominan conocimientos y son capaces de hacer cosas, pero sin recibir ningún reconocimiento por ello, lo que daña a su orgullo. No se les recompensa ni en el trabajo ni en la sociedad en general, lo que daña a la economía.

Por el otro lado, los empresarios tampoco se benefician, ya que no aprovechan las capacidades que tienen justo delante. Creo que tenemos que pensarlo bien: podemos idear formas de coinvertir junto a los empresarios y a las empresas, para transformar los lugares de trabajo en lugares formativos. Mi experiencia me dice que ya hemos salido del sector público; no podemos exclusivizar la formación profesional u ocupacional, porque cuanto más exigente sea ésta, más cara resulta. Ya es normal pagarla, recibirla por vía electrónica y utilizarla.

Una de las tres mayores universidades técnicas de todo el mundo acaba de terminar la construcción de un edificio de 750 millones \$USA. El mismo día en que lo inauguraron, ya estaba anticuado. Dicha universidad quizá siga siendo la mejor del mundo en cuanto a educación, pero ¿qué habría pasado si hubiera destinado esos 750 millones \$USA a coinvertir con algún tercer interesado en una serie de empresas o *think tanks* (grupos de pensamiento)? Hablo de centros comprometidos a crear y desarrollar los conocimientos que les interesen y que deseen impartir a sus estudiantes. Es una idea lateral, pero que nunca llegará a realizarse a causa de sus posibles protagonistas: éstos aman demasiado su identidad como para perderla en un proyecto tan complejo.

Pero si queremos que el alumno reciba las enseñanzas más recientes y mejores, creo que estamos obligados a cuestionarnos radicalmente algunas cosas. Quizás esperemos lograr determinados niveles educativos a través de una simple inversión individual o pública en el centro de formación. Lamento decirles, con el debido respeto, que esto es ya de otra época: admitamos que estamos corriendo el riesgo de quedarnos desfasados. Tenemos que encontrar diferentes formas de invertir en formación y crear formaciones, y hacerlas corresponder con las ventajas de los sectores privado o concertado, que encabezan las tendencias actuales. He aquí la situación competitiva.

De alguna manera, podremos detectar nuestras ventajas y las suyas, y combinarlas a favor del alumno. Y si ganan los alumnos, ganan los empresarios y gana la sociedad: todo el mundo gana. Para mí, es de algo sobre lo que necesitamos realmente reflexionar.

Mi tercer y último punto es que estamos obligados a invertir en tecnología mucho más de lo que hemos hecho hasta hoy. Me parece oír ya sus comentarios ¿cómo diantres vamos a hacer todo eso? Pues bien, me sorprende esta reacción: casi siempre, la tecnología de la comunicación continúa usándose en todas las esferas educativas como una simple forma nueva de hacer lo mismo que antes. ¿Sería posible que los institutos UNESCO contribuyeran a cambiar esta situación? A mí me gustaría ver que estas tecnologías se utilizan para transformar el ciclo formativo. La tecnología transforma nuestra comprensión del tiempo, del espacio y de la responsabilidad. La tecnología está poniendo el mundo cabeza abajo.

Pero nuestra intención es utilizar la tecnología al servicio de la formación. Si deseamos que el lugar de trabajo sea un lugar formativo, si deseamos evaluar los aprendizajes y experiencias previas y todas las cosas restantes, la tecnología asume una función crítica. Me parece que mientras la tecnología siga siendo simplemente un gasto adicional, no conseguiremos utilizar plenamente todos sus recursos. No creo ni por un segundo que la tecnología haga las cosas por sí sola, pero me parece que hemos de trabajar mucho más intensamente para convertirla en una herramienta trascendente. Ello se debe a que las materias que enseñamos hoy se encuentran en plena mutación. El hecho de que estemos familiarizados con esta situación no la hace menos peligrosa. No podemos ya salvar la creciente laguna entre la inversión pública en modelos tradicionales y el punto al que debemos ir si no pensamos en nuevas formas de enseñanza, de aprendizaje y de organización educativa. Así es que hay que tomarse la tecnología mucho más en serio.

Mi hijo más joven acaba de licenciarse en la universidad. Quiere trabajar para un periódico, convertirse en periodista. En la actualidad, tiene un empleo estupendo: está en un grupo de redacción. Mi hijo sabe escribir, colaboraba ya en el periódico escolar, pero ¡oh sorpresa! los compañeros de su profesión ideal le han dicho: "agradécele a Dios no haberte licenciado en periodismo. Te vamos a enseñar a pensar y nos basta con saber que puedes escribir. Todo lo que queremos saber es que eres bueno, y fiable, dentro de la redacción. Ya nos ocupamos nosotros del resto". La moraleja de la historia es ésta: lo esencial consiste en ser capaz de pensar, ser capaz de aprender las capacidades que permiten desempeñar un empleo -capacidades intelectuales particulares, y en saber



UNEVOC

CENTRO INTERNACIONAL
para la Educación y Formación
Técnica y Profesional

UNEVOC Foro es un suplemento al Boletín UNESCO-UNEVOC se publica en versiones española, francesa y inglesa:

- >> en formato impreso;
- >> como documento electrónico de Adobe Acrobat (formato PDF);
- >> en el espacio web www.unevoc.unesco.org/bulletin.

Para las direcciones de los editores de la versión árabe y de la versión portuguesa, véase el pie de imprenta del Boletín No. 10.

Puede descargarse, imprimirse y difundirse gratuitamente, completa o parcialmente, con indicación de la fuente.

Editor: el Centro Internacional de la UNESCO para la Educación y Formación Técnica y Profesional (Centro Internacional UNESCO-UNEVOC)

Redacción preparatoria: John Fox

Redactora Jefe: Maja Zarini

Redactora: Natalia Matveeva

Traductor: Felipe Orobón

Las denominaciones utilizadas y la presentación de materiales en esta publicación no comportan opinión alguna por parte de la UNESCO relativa a la situación legal de ningún país, territorio, ciudad o región, a su administración o a la delimitación de sus límites o fronteras.

Los autores asumen la responsabilidad por la selección y presentación de los datos expuestos en el Foro UNEVOC y por las opiniones que en él se manifiestan, que no coinciden necesariamente con los de la UNESCO ni pueden comprometer a este organismo.

lo que uno hace. Para la dinámica del mercado de trabajo, el hecho de ser una persona racional y reflexiva es la condición más importante.

En todas estas cuestiones, es mucho lo que se le debe a la oportunidad, y yo no creo que los Estados Unidos tengan ningún monopolio sobre ella. Hay demasiado albur en la educación: no se puede planificar la vida humana. Un docente puede sin duda ayudar a un alumno a obtener la capacidad que mejore su vida, pero jamás podrá anticipar dónde acabará llevándole un empleo. Por tanto, nuestro objetivo debe consistir en producir personas reflexivas y formadas para trabajar.

No me queda sino agradecerles haber aguantado hasta aquí mi "inmaculada percepción". Ha sido un placer estar con ustedes.